

Entretanto nosotros gemimos bajo el yugo despótico de otro dios que tu conoces: Sejano. Sejano ha llegado a la cumbre del poder. Sus estatuas inundan el Foro y el Senado besa sus pies.

Con diabólica habilidad continúa preparando su elevación al trono, del que aparta a todos los que pueden cerrarle el camino.

Tiberio es el único que ignora, aunque algún día llegará a saberlo, que Sejano es el verdadero envenenador de su hijo Druso, que debía sucederle.

Agripina, la digna viuda del desdichado Germánico, está amenazada de destierro, con sus hijos.

Esto es lo que pasa en el mundo de los nuevos dioses.

En cuanto a los simples mortales, valemos casi tan poco como ellos. Los célibes hemos renunciado a casarnos. Los casados han convertido en materia de diversión el divorcio. Las mujeres se parecen cada día más a aquella que Cicerón llamaba «la mujer de los múltiples maridos» (*mulier multarum nuptiarum*).

El teatro y los juegos no tienen ya más objeto que corromper las costumbres, y los circos son lugares de prostitución, en los que no son solamente del pueblo bajo todas las mujeres que allí acuden.

La virtud va a morir, la esperanza ya ha muerto, y los que padecen no cuentan más que con un solo refugio: el suicidio.

¡Ah! ¡Qué feliz eres en vivir lejos de este foco de pestilencia! Allí puedes templar tu alma en la contemplación y el estudio de la naturaleza, gozar de espectáculos nuevos y extraordinarios, rozarte con un pueblo más viejo que Roma, y al que han conservado, sin embargo, la juventud, su fe y sus esperanzas.

Aprendes, me dices, el hebreo, y lees los libros de Moisés. ¡Qué curiosos deben ser esos estudios para un hombre versado, como tú, en las letras griegas y latinas!

Escribeme con frecuencia, y ténme al corriente de todo lo que te interese en el original país que habitas. Adiós.

Roma, 2 enero 781.